



LIBROS

GABRIELA MISTRAL.  
TRES POEMAS DE *DESOLACIÓN*  
ANTE EL SILENCIO DE DIOS



*En el marco del octogésimo aniversario de la entrega del Nobel de Literatura a Gabriela Mistral, el 25 de noviembre de 2025, el sacerdote Juan Francisco Pinilla Aguilera realizó ante el Senado de Chile la presentación de este libro, fruto de un proyecto interdisciplinario de investigación y creación.*

*Estimados y estimadas honorables, autoridades presentes, señoras y señores:*

**A**nte todo, queremos agradecer el honor de contribuir al homenaje que el Senado de la República rinde a Gabriela Mistral, en este octogésimo aniversario de su premiación con el Nobel de Literatura, en el marco de la Inauguración de la muestra fotográfica y testimonial, preparada y traída por la Ilustre Municipalidad de Vicuña y su Corporación Cultural para compartirla con todos nosotros. Esta contribución es parte de un proyecto más amplio, titulado: “La paz ante el silencio de Dios. Una aproximación interdisciplinaria a la obra *Desolación* de Gabriela Mistral”. Proyecto financiado por el XXI Concurso de Investigación y Creación para Académicos, organizado por la Dirección de Pastoral y Cultura Cristiana en conjunto con las Vicerrectorías de Investigación y de Asuntos Internacionales, y con el Centro para el Diálogo y la Paz de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

La publicación, honrada por este Senado, es un esfuerzo muy acotado: *Gabriela Mistral. Tres Poemas de ‘Desolación’ ante el silencio de Dios* y brota del deseo de compartir algo de la profundidad y la belleza que hemos celebrado durante todo el tiempo que nos llevó la lectura en común, analítica y sistemática, de *Desolación*, en permanente diálogo interdisciplinario que incluye el estudio literario-lingüístico, la teología, el arte, la ciencia y la tecnología.

La investigación buscaba resaltar los rasgos propios de la experiencia de la paz ante el silencio de Dios, en la obra *Desolación*, en orden a comprender los rasgos permanentes de la fe en Chile ante el silencio de Dios en el sufrimiento. Esta profunda expresión artística representa una plasmación cultural viva, donde la fe permea los sentimientos de dolor, abandono y soledad, con los cuales la fe cristiana siempre se confronta, especialmente en la religiosidad popular y ofrece caminos de *consolación* y plenitud.

*Desolación* consta de 101 textos, entre poemas y prosas, publicado en Nueva York en 1922. Allí se plasman sentimientos muy profundos relativos

\* Juan Francisco Pinilla, Roberto Onell, Micaela Barrientos y Germán Hidalgo. GABRIELA MISTRAL. TRES POEMAS DE DESOLACIÓN ANTE EL SILENCIO DE DIOS. Ediciones Senado República de Chile, 64 págs. Santiago, noviembre 2025.

al sufrimiento, desde donde emerge una paz ante el silencio de Dios. El grito desgarrador poetizado tiene un interlocutor aparentemente silencioso, el cual abre un horizonte de sentido al sufrimiento del amor. Como obra artística, forja culturalmente una cierta identidad creyente de cara a la desolación personal y social. Una fe al límite y vivida como búsqueda intensa de Dios, ofrece una plataforma de diálogo con la variedad de experiencias de Dios del presente en nuestro país.

La tesis doctoral del profesor Onell “El Dios de Neruda” está en la génesis remota de este estudio. Cabía preguntarse cuál sería el Dios de Mistral. La amistad y la ocasión de un proyecto logró reunir a un grupo de notables académicos de disciplinas muy diversas: las letras, la arquitectura, la ingeniería, quienes aceptaron la provocación de la pregunta metódica teológica. Se abordó así *Desolación*, obra que refleja los treinta primeros años de la vida de Gabriela Mistral en Chile. La misma autora llamó a este libro “un libro amargo” de lo cual pide perdón en la dedicatoria a su amigo el presidente de la república (1938-1941), don Pedro Aguirre Cerda y su señora doña Juana Aguirre Luco (el presidente falleció precisamente un 25 de noviembre de 1941). La vigente consigna política “educar es gobernar” es de clara inspiración mistraliana.

El libro que ofrecemos hoy consta de tres diálogos, habitados por el silencio contemplativo. Los espacios en blanco son elocuentes. El primer diálogo lo abren los poemas mismos, se deja resonar la voz de la poeta, unos breves comentarios conducen la intención de la conversación; el segundo diálogo es la gráfica, son diez dibujos, obra del profesor Germán Hidalgo, que nos llevan a recorrer el Valle del Elqui, desde la casa escuela hasta el mausoleo de la poeta. La última ilustración es del interior del Hotel Haley, edificio de 1902 (donde se alojaron los investigadores fortuitamente). El tercer diálogo corresponde al eco poético a los tres poemas de Mistral, en la voz del profesor y poeta Roberto Onell. Nada de esto sería posible sin la carta Gantt, apoyo logístico y los permanentes “por qué” de la profesora e ingeniera Micaela Barrientos.

Como “la patria es el paisaje de la infancia” viajamos hasta Monte Grande para sentir los espacios vitales de Gabriela Mistral, especialmente durante su niñez. Resultó una exploración llena de peripecias para desistir: la estafa del hotel reservado; el apagón eléctrico en todo Chile; sin boleta electrónica para justificar el gasto a las finanzas de la



*Montegrande, valle de Elqui,  
dibujo de Germán Hidalgo, febrero 2025.*

Universidad. Pero, sobre todo, sorprendidos por bellos acontecimientos gratuitos, como el de la tarde misma del apagón al regreso, en Vicuña, donde buscamos un lugar que tuviera un generador para seguir conversando. Casi frente al hotel había un hermoso portal, como hay muchos en Vicuña, de esas casas que se extienden hacia el fondo con un patio interior. Entramos y la cajera, lo primero que nos dijo es: no hay luz, le explicamos que queríamos tomar un té y si no había electricidad, al menos, habría gas para poner una tetera y un tostador. Así fue y estuvimos largo rato conversando de cómo acotar la investigación y precizarla. Al pedir la cuenta, la misma señora, que nos había estado escuchando, nos invitó a ir hacia el fondo de este gran patio techado. Había allí una gigantografía sepia de Gabriela Mistral rodeada de gente firmando un libro y entonces nos dijo: miren, ustedes que han estado hablando de Gabriela Mistral, quiero que sepan que ahí mismo donde están, es donde ella estuvo en 1954 en su última visita a Chile. Fue sobrecogedor. Esa noche fue muy fructífera porque pudimos seleccionar los poemas sobre los cuales nos íbamos a centrar. Seguimos trabajando. Otro viaje a Monte Grande desde Vicuña. Roberto escribía



*Casa de Gabriela Mistral en Montegrande, valle de Elqui,  
dibujo de Germán Hidalgo, febrero 2025.*

y Germán dibujaba. Yo trataba de captar los colores del Elqui en la acuarela, mientras pensaba en la estructura general del escrito final. Por su parte, Micaela nos monitoreaba desde Santiago. Finalmente, ya en Santiago, al elaborar el texto mártir para discutir y redactar el informe final, Germán tuvo la genial idea de hacer este libro. Y nos dijo: miren este artículo de treinta páginas se publicará en una revista de nivel científico Q1, a la que accederán muy pocas personas. Por qué no tomamos solo una parte de la investigación y la convertimos en un libro que incluya el paisaje. Y así salió la maqueta del libro, lo que se ajustaba al proyecto y al presupuesto que teníamos. Ahora, cómo llegó este libro a manos del senador Ossandón, eso ya es cosa que podría relatar el senador Gahona. Esto no es mero anecdótico, expresa un modo de pensar que celebra el diálogo y la amistad, base del ejercicio académico universitario.

Gabriela Mistral, mujer, maestra, cónsul y poeta, parece encontrar recién su lugar de honor en su patria esquiava. Las rondas de niños no son

un asunto accidental ni su poética centrada en la niñez, la maternidad y la ternura. No es sentimentalismo, sino agudeza pedagógica y política del ojo del genio. Con sentido de maestra, puso al veinteañero Neruda a leer a los rusos y a Matta lo envió, con su pecunio, a Londres. Una gran mujer forjada dolorosamente en treinta años en Chile, el resto, hasta sus 68, ciudadana del mundo. Pero en su vagar, su lengua queda arraigada al Elqui. Lleva un cantar tejido con hebras bíblicas esenciales y con una fe que se deja traslucir en la certeza de la belleza. Cito:

Toda la belleza de la Tierra puede ser venda para tu herida. Dios la ha extendido delante de ti; así como un lienzo coloreado te ha extendido sus campos de primavera.

Son ternura de la tierra, palabras tuyas de amor, las florecillas blancas y el guijarro de color; siéntelos de este modo. Toda la belleza es misericordia de Dios.<sup>1</sup>

Lo mismo se contiene en el poema “Palabras serenas”, lo que prelude la razón de cantar el sufrimiento:

La sed es larga, la cuesta es aviesa;  
pero en un lirio se enreda el mirar.<sup>2</sup>

De este contraste nace la inquietud de indagar acerca de esta misteriosa paz interior que se deja sentir en *Desolación*, cuyo tono doloroso no conduce a un vacío existencial, sino a una certidumbre y a una esperanza atestiguada por la belleza:

Es esta perfección de la rosa madura, antes de que caiga el primer pétalo.  
Y es esta certidumbre divina de que la muerte es mentira.  
Sí, ahora comprendo a Dios.<sup>3</sup>

Esta certeza se expresa “laicamente” en su “Credo”:

Creo en mi corazón en que el gusano  
no ha de morder, pues mellará a la muerte;  
creo en mi corazón, el reclinado  
en el pecho de Dios terrible y fuerte.

1 Gabriela Mistral. *Desolación*. Santiago: Tajarar Editores, 2022, p. 268.

2 *Ibid.*, p. 179.

3 *Ibid.*, p. 254. Ver también el comentario al verso de R. Tagore “Sé que también amaré la muerte” (*Desolación*, p. 264). Dios es recurrente en *Desolación*, con 99 frecuencias en toda la Obra. Se halla de hecho en tres títulos, pero también el Padre y Cristo.

La paz se declina de diversas maneras en numerosos versos de *Desolación*, como un alivio; como un anhelo transversal dentro de un profundo sufrimiento. Como Hamlet, que identifica el dormir con el morir, un poner fin que, sin embargo, no lleva al suicidio, como fueron los cercanos a Gabriela Mistral, el de Alfonsina Storni (1938) y el de Stefan Zweig (1942). Pues, aun en el morir queda el sentido de lo vivido:

¡hasta que te espolvoreen  
mis huesos sobre la cara!<sup>4</sup>

Y el sentido que subyace al vivir, mueve a Gabriela Mistral al compromiso ético por la educación y a su extensa tarea pedagógica, con predilección a la esperanza de la infancia. A esa luz cabe releer las rondas. Afirma Gabriela Mistral en la dedicatoria del libro: “En estos cien poemas queda sangrando un pasado doloroso, en el cual la canción se ensangrentó para aliviarme”. Breves palabras que aluden a la función del arte en el pensamiento de Gabriela Mistral, al cual dedica cuatro narraciones poéticas en esta obra<sup>5</sup> como fuerza transformadora, que constituye un manifiesto de su poética: “Una canción es una herida de amor que nos abrieron las cosas”. En este sentido profundiza en “El arpa de Dios”: “cuando canta Job, se conmueven las estrellas como una carne humana. Y Job escucha arrobado el río de su dolor vuelto hermosura...”<sup>6</sup>; y en “La flor de cuatro pétalos”:

Ahora es sólo una flor, una pequeña flor de cuatro pétalos. Uno se llama la Belleza, y otro el Amor, y están próximos; otro se llama el Dolor y el último la Misericordia. Así, uno a uno, fueron abriéndose, y la flor no tendrá ninguno más.

Tienen los pétalos en la base una gota de sangre, porque la belleza me fue dolorosa, porque fue mi amor pura tribulación y mi misericordia nació también de una herida.<sup>7</sup>

También en “La venda”, de “Lecturas espirituales”<sup>8</sup>:

Toda la belleza de la Tierra puede ser venda para tu herida. Dios la ha extendido delante de ti; así como un lienzo coloreado te ha extendido sus campos de primavera.

4 Ibid., p. 135.

5 Ibid., pp. 259-263.

6 Ibid., p. 270. Cabe señalar que Job aparece nombrado seis veces en *Desolación*. Es particularmente ilustrativo su sentirse hermana de Job en el abrazo imaginado con Agar, la esclava y madre de Ismael rechazada por Sara, mujer de Abrahán (“El espino”, *Desolación*, p. 189).

7 Ibid., p. 257.



*Mausoleo de Gabriela Mistral en Montegrande, valle de Elqui,  
dibujo de Germán Hidalgo, febrero 2025.*

Son ternura de la tierra, palabras tuyas de amor, las florecillas blancas y el guijarro de color; siéntelos de este modo. Toda la belleza es misericordia de Dios.

Tú no sabes (en la química de Dios) por qué es necesaria el agua de las lágrimas.<sup>9</sup>

En estos versos libres se contiene una clave importante para comprender, si no el tránsito, sí la presencia de la paz en el dolor: el misterio de la belleza. Si la paz no se pierde por completo, si la angustia no logra anegar del todo, es por la mediación de la certidumbre irrevocable de la belleza.

La paz se asocia al silencio. El Tañedor divino toca las cuerdas de su arpa incesantemente, que son “las entrañas de los hombres”. Entrañas profundas,

8 Ver también la nota de la autora a los poemas de las madres: “Si la misión del arte es embellecerlo todo, en una inmensa misericordia, ¿por qué no hemos purificado, a los ojos de los impuros, esto? Y escribí los poemas que preceden, con intención casi religiosa” (*Desolación*, p. 234).

9 *Ibid.*, p. 268.

complejas, convulsas, que no conocen la paz. Hay un afán permanente en la imagen del arpista, “Tañedor ardiente”, cuyo arte tiene como materia la interioridad de los seres humanos. La música refiere a armonía, a la belleza del sonido y sus acordes. Se producen distintos sonidos que dependen de las entrañas que se tocan: del sensual, del gozador, del avaro, del justo, del doloroso; especialmente en estas últimas, el Tañedor se tarda más. Hay ejemplos de estas entrañas en la Biblia: Caín, Booz y especialmente Job. “Y nunca calla el arpa; y nunca se cansa el Tañedor ni los cielos que escuchan”. Todo está regido por este arte, pero también el dolor humano puede ensangrentar una cuerda en el cielo. Finalmente, hay una comprensión de esto que solo se da al místico, quien “de oír esta arpa rasgó sus heridas para dar más, para cantar infinitamente en los campos del cielo”.

En esta prosa emerge una cierta respuesta al silencio divino presente en los poemas anteriores. Hay una música en el cielo que brota de las entrañas humanas; como sonidos independientes pueden sonar mal, y nuestra autora se permite brevísimamente una cacofonía (“nunca calla”), pero hay un arte mayor del Músico que “oye las almas que hizo” y reacciona sonriente o con lágrima, “cuando pasa de las áridas a las hermosas”. Cabe la pregunta: ¿qué hace a un alma árida o hermosa? Se alude al canto de Job. El canto transfigura el dolor en belleza. Hay aquí una clave de esta poética dolorida, al hacerse canto se convierte en belleza sanadora y apaciguadora: “Tu belleza se llamará también misericordia, y consolará el corazón de los hombres” (Decálogo del artista, VII)<sup>10</sup>. Esto abre a la íntima relación entre belleza y misericordia.

También Dios tiene ese recatado silencio, porque Él es el Pudoroso. Ha derramado sus criaturas y la belleza de las cosas por valles y colinas, calladamente, con menos rumor del que tiene la hierba al crecer. Vienen los amantes de las cosas, las miran, las palpan y se están embriagados, con la mejilla sobre sus rostros. ¡Y no lo nombran nunca! Él calla, calla siempre. Y sonríe...<sup>11</sup>

Muchas gracias.

Juan Francisco Pinilla

<sup>10</sup> Ibid., p. 263.

<sup>11</sup> Lecturas espirituales. “A un sembrador” (*Desolación*, pp. 269-270).

## El culto mariano y el protagonismo de la mujer en el Medioevo

Cristián León González

Ediciones Universidad San Sebastián

Santiago, 2025.

404 págs.



Entre las obras publicadas por Cristián León González, *El culto mariano y el protagonismo de la mujer en el Medioevo* ocupa un lugar particularmente significativo, pues condensa con especial claridad y pasión los grandes ejes temáticos que atraviesan su producción intelectual: la arquitectura sagrada, la liturgia, la belleza como categoría teológica y, de modo central, el culto mariano como clave interpretativa de la cultura occidental.

El libro propone una relectura amplia de la Edad Media desde una hipótesis fuerte y provocadora: el auge del culto a la Virgen María, especialmente entre los siglos XII y XIII, constituyó un factor decisivo en la revalorización simbólica, espiritual y cultural de la mujer en el Occidente cristiano.

Desde sus primeras páginas, el autor desafía el lugar común que identifica al Medioevo con una época homogéneamente misógina y oscura. Retomando la

célebre afirmación de Gustavo Pittaluga —“La gran época de las mujeres ha sido la Edad Media”—, León González articula una tesis que busca matizar esa imagen simplificada. Sin desconocer las limitaciones estructurales y jurídicas que afectaron a las mujeres medievales, sostiene que el redescubrimiento de María como arquetipo femenino permitió una síntesis cultural que dignificó su figura y abrió espacios inéditos de protagonismo espiritual y social.

El marco conceptual explícito de la obra se inspira en la noción de “genio femenino”, desarrollada por Juan Pablo II en *Mulieris dignitatem*. Desde esta perspectiva, la diferencia sexual no se entiende en clave de competencia o uniformidad, sino como complementariedad en la igualdad de dignidad. El “genio femenino” alude a dones específicos—capacidad de acogida, sensibilidad relacional, compasión, intuición espiritual— que, lejos de limitarse al ámbito privado, pueden irradiar la vida cultural y eclesial. Esta clave antropológica orienta la interpretación histórica propuesta por el autor.

Uno de los mayores méritos del libro es el amplio recorrido histórico que ofrece sobre la condición femenina desde los tiempos de Jesús hasta la plena Edad Media. El autor examina con rigor las fuentes evangélicas, subrayando el carácter contracultural de la actitud de Cristo hacia las mujeres, a quienes integra activamente en su ministerio y reconoce como interlocutoras válidas. Esta mirada originaria se convierte en criterio hermenéutico para evaluar los desarrollos posteriores.

El estudio no elude los aspectos problemáticos de la historia eclesial. Con coraje y ponderación, el autor aborda temas incómodos tanto para la tradición como para el debate actual: el androcentrismo

estructural, las tensiones en torno al diacorado femenino, la progresiva marginación de ciertas formas de liderazgo espiritual femenino, la influencia del derecho romano y la interpretación ambivalente de la sexualidad en algunos Padres de la Iglesia. Analiza textos patrísticos y normativos sin caer en anacronismos, contextualizando cuidadosamente cada afirmación. De este modo, la obra evita tanto la idealización apologetica como la crítica simplificadora.

El punto de inflexión en su relato histórico se sitúa en lo que denomina “la gran revolución del siglo XII”: el extraordinario auge del culto mariano en Occidente. León González sostiene que esta expansión no fue un fenómeno meramente devocional, sino un auténtico motor civilizatorio. La exaltación de María como nueva Eva, madre, reina e intercesora habría contribuido a refinar las costumbres, modelar el ideal caballeresco e influir en la sensibilidad cultural de la época. En este contexto, la figura de Bernardo de Claraval emerge como símbolo de una síntesis entre contemplación, teología y acción, profundamente marcada por la devoción mariana.

El autor vincula el desarrollo del amor cortés y del ideal caballeresco con la irradiación simbólica del culto a la Virgen. La dama objeto de veneración y servicio reflejaría en el plano profano una sensibilidad moldeada por la reverencia mariana. Aunque esta tesis puede suscitar discusión historiográfica respecto de la relación causal directa, el libro logra mostrar al menos una convergencia simbólica significativa entre espiritualidad y cultura cortesana.

Como fruto de este clima cultural, el siglo XII y los siguientes presenciaron el surgimiento de nuevas formas de vida religiosa y el florecimiento de grandes figuras femeninas cuya densidad espiritual no

encuentra fácil paralelo en otros períodos. Místicas como Hildegarda de Bingen, Clara de Asís o Catalina de Siena son presentadas como expresión de un tiempo en que la autoridad espiritual femenina encontró reconocimiento y proyección pública. En ellas, la identificación con María no fue solo devocional, sino existencial: maternidad espiritual, mediación intercesora y fortaleza en la debilidad se convirtieron en rasgos distintivos de su liderazgo.

Un aporte particularmente original de la obra es su análisis de la dimensión estética y arquitectónica del culto mariano, especialmente a través del estudio de la catedral de Chartres. El autor interpreta este templo como síntesis de una cosmovisión en la que dogma, símbolo y espacio se integran armónicamente. La centralidad iconográfica de la Virgen, la reorganización del espacio gótico y la experiencia lumínica del interior catedralicio son leídas como expresión tangible de una antropología mariana que estructura la experiencia religiosa y urbana. La arquitectura aparece, así, como teología construida, como pedagogía visual de la dignidad femenina elevada en María.

Desde el punto de vista metodológico, el libro combina fuentes primarias—textos bíblicos, patrísticos y medievales— con referencias historiográficas y teológicas contemporáneas. Su estilo es ensayístico, más sintético que exhaustivo, lo que le permite articular una visión de conjunto coherente. No se trata de una monografía especializada en sentido técnico, sino de una propuesta interpretativa amplia que busca iluminar procesos culturales complejos desde una categoría unificadora.

En síntesis, este libro constituye una contribución relevante al estudio de la espiritualidad medieval y al debate sobre el

lugar de la mujer en la tradición cristiana. Su principal mérito radica en haber articulado, con erudición y pasión, una narrativa que integra teología, historia, arte y antropología bajo el signo del “genio femenino”. Al hacerlo, invita a reconsiderar la Edad Media como un período complejo y dinámico, en el que el culto mariano desempeñó un papel decisivo en la configuración simbólica de Occidente y en la emergencia de un protagonismo femenino que, aunque condicionado por su tiempo, dejó una huella perdurable en la civilización cristiana.

Mauricio Cox Pinto

## Epistolario del obispo Manuel Larraín. Volumen I: catolicismo social

José Ignacio Fernández, Ángela Pérez-Jijena  
y Carlos Álvarez Soto (eds.)  
Anales de la Facultad de Teología  
Santiago, 2025  
391 págs.



El título *Epistolario del obispo Manuel Larraín: catolicismo social* es el primero de una colección de cuatro volúmenes de cartas inéditas de monseñor Manuel Larraín

(1900-1966). Las cartas fueron escritas entre el 16 de diciembre de 1930 y el 20 de junio de 1966 (dos días antes de su muerte). Se trata de un nutrido intercambio epistolar del obispo Larraín con importantes personeros del mundo eclesial, político y social, provenientes en su mayoría del contexto nacional y latinoamericano.

El valor del epistolario se relaciona directamente con la importancia de quien es su autor. Manuel Larraín fue obispo de Talca desde 1938 hasta su muerte (1966); fue asesor general de la Acción Católica (1952-1962); cofundador del CELAM (Consejo Episcopal Latinoamericano) y su primer vicepresidente; presidente de la Conferencia Episcopal chilena; y tuvo un destacado papel en el Concilio Vaticano II.

Sus cartas son claras y directas, llenas de pasión y convicción. Su lectura atrapa el interés del lector y van introduciendo en el período de la historia del que dan cuenta. La agudeza intelectual de su autor, su profundo conocimiento de la realidad y el compromiso con la Iglesia chilena y latinoamericana que le son propios, además de ilustrar sobre el pasado, le dan vigencia a su pensamiento y hacen de él un buen referente en el discernimiento del tiempo presente.

Se trata aquí del primer volumen de una colección que contempla cuatro volúmenes: catolicismo con sentido social, colegialidad y conferencias episcopales, criterios de acción pastoral y la crisis de la Falange Nacional. En este primer volumen se compilan las cartas que dan cuenta de las preocupaciones y las reflexiones de carácter social de Manuel Larraín. Hablamos de misivas de gran valor histórico y pastoral, en las que se contiene el pensamiento social de uno de los sacerdotes más influyentes del siglo XX, tanto en

Chile como en Latinoamérica. A la vez, estas cartas representan una valiosa contribución para el conocimiento de una etapa importante de la historia de la Iglesia y de la sociedad chilena.

Por medio de este corpus de cartas tenemos noticia del modo como Manuel Larraín entiende la problemática social del campesinado chileno de mediados del siglo XX. Hay en ellas numerosas referencias a la organización sindical chilena. Se habla de la necesidad de una justa distribución de la tierra. Se nos ilustra sobre el nacimiento de la Falange Nacional. Junto con el conocimiento de la historia social y política chilena, por medio de las cartas conocemos sobre las diferencias existentes en el episcopado nacional respecto del modo como deben ser aplicados los principios y orientaciones de la Doctrina Social de la Iglesia en Chile, y sobre el modo como se va haciendo camino eclesial en medio de esa diversidad.

Respecto del legado de don Manuel Larraín, cabe destacar su praxis pastoral, que tiene a la base una comprensión de la realidad, lucidez para juzgar los procesos históricos en curso y decisión para intervenir a tiempo con una propuesta pastoral oportuna y eficaz. La implicación del obispo Larraín en los grandes debates sociales de su tiempo, el lugar

central que encuentra en su pensamiento la Doctrina Social de la Iglesia, su rol fundamental en el fortalecimiento de la identidad de la Iglesia latinoamericana a través de la creación y presidencia del CELAM, hacen de su epistolario una fuente de primer orden en la comprensión de la historia de la Iglesia chilena y latinoamericana, y de la historia política de la primera mitad del siglo XX.

Para favorecer la lectura de las cartas, esta edición se acompaña de un aparato crítico, que aporta información sobre los destinatarios de las epístolas y personajes mencionados en ellas, y sobre el contexto que rodea las problemáticas que en ellas se evidencian. El volumen cuenta también con un índice de siglas, un elenco de nombres mencionados en las cartas y un cuadro cronológico en el que van en paralelo acontecimientos de la vida de don Manuel Larraín con los hechos mundiales, chilenos y eclesiales más significativos de la época.

Decir, finalmente, que esta publicación (y las que vengan a continuación) quiere ser una memoria agradecida de la persona de Manuel Larraín. A la vez, confiamos en que será una valiosa contribución a la comprensión de un período clave de la vida social, política y eclesial de Chile y América Latina, y al discernimiento del tiempo presente.

Ángela Pérez-Jijena

## Fontes Nicaenae Synodi.

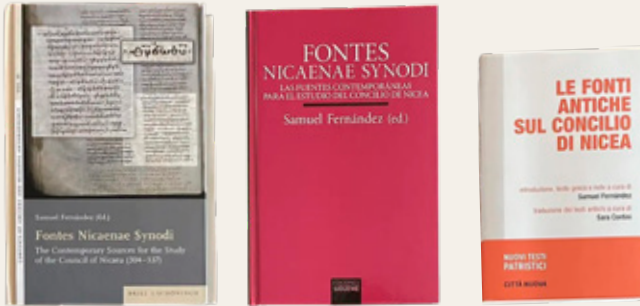
### Las fuentes contemporáneas para el estudio del Concilio de Nicea

Samuel Fernández (ed.)

Sígueme

Salamanca, 2025

400 págs.



### Presentación

**F***ontes Nicaenae Synodi* pretende ofrecer una colección completa de los documentos relativos al Concilio de Nicea. Estos documentos tienen tres características: 1) fueron redactados en el período comprendido entre el comienzo de la crisis meliciana (304) y la muerte de Constantino (337); 2) guardan una estrecha relación con los temas debatidos en Nicea, tales como la crisis meliciana, la controversia arriana u otras cuestiones disciplinarias y litúrgicas; y 3) han sido transmitidos por tradición indirecta.

Estos rasgos revelan ya la novedad de este libro, que, a diferencia de la obra fundacional de Hans Georg Opitz, *Urkunden zur Geschichte des arianischen Streites* (Berlín 1934-1935), no es una colección de documentos sobre la crisis arriana, sino sobre el Concilio de Nicea. La visión tradicional tendía a identificar Nicea con la condena del arrianismo y con la introducción del controvertido *homoousios*. Esta tendencia es comprensible porque la mayoría de los documentos se refiere a la controversia arriana, y las consecuencias de esta disputa fueron las más relevantes a largo plazo. Sin embargo, la maduración gradual de los estudios permite dar un paso más, pasando de una mirada retrospectiva y selectiva sobre Nicea a un estudio histórico exhaustivo de los documentos: este es el propósito de *Fontes Nicaenae Synodi*. Por consiguiente, el volumen comienza con la crisis meliciana (304), que estalló a causa de la persecución de Diocleciano. Desde el punto de vista del episcopado alejandrino, la persistencia de este cisma creó la necesidad de contrarrestar las tendencias centrífugas, lo que

- \* Además de España, este libro se publicó también en los Países Bajos e Italia bajo los títulos:
- *Fontes Nicaenae Synodi: The Contemporary Sources for the Study of the Council of Nicaea (304–337)*. Brill 2024.
  - *Le fonti antiche sul Concilio di Nicea*. A cura di Samuel Fernández e Sara Contini, Nuovi testi patristici, 8, Roma: Città Nuova, 2025.

puede ayudar a explicar el exacerbado clima eclesial en el que se enfrentaron Alejandro y Arrio. Por otra parte, el volumen termina con la muerte de Constantino (337), que marca el final de la primera recepción de Nicea.

*Fontes Nicaenae Synodi* propone también un método de estudio para los documentos. Este método saca las consecuencias del largo y profundo camino de revisión histórica iniciado con los trabajos de Eduard Schwartz y Opitz, y del actual debate historiográfico cada vez más internacional y emancipado de presupuestos ideológicos y apologéticos—al menos en lo que respecta a la mayoría de los estudiosos—. El método consiste en liberar los documentos del contexto antinatural en el que fueron transmitidos —polémico, apologético, narrativo— para estudiarlos *juxta propria principia*, situándolos de nuevo en el momento preciso en que fueron compuestos y en las motivaciones de sus autores, que también pudieron ser polémicas y apologéticas, pero que, en cualquier caso, fueron las suyas propias, no las de quienes los transmitieron. No olvidemos lo dicho al inicio: los primeros documentos de la crisis arriana —lo que Samuel Fernández, editor de este valioso volumen, llama “el tercer nivel” de fuentes primarias— fueron transmitidos por la tradición indirecta por los propios protagonistas de la controversia, *in primis* Eusebio y Atanasio, y por historiadores posteriores, que representan los otros dos niveles de fuentes. Sin embargo, el proceso de reinterpretación al que se ven sometidos los documentos por su inclusión en fuentes posteriores no es el único problema que hay que abordar. A menudo, su cronología es incierta; en muchos casos, solo puede establecerse con buena probabilidad mediante la comparación mutua, como explica Fernández en la introducción.

*Fontes Nicaenae Synodi* pretende ser una herramienta de trabajo para quienes estudian la antigüedad tardía en los campos de la historia, la teología, la filosofía y la filología. Por esta razón, el editor, aunque se basa en ediciones modernas de los documentos recopilados y recurre solo excepcionalmente a manuscritos, ha proporcionado al lector indicaciones claras de las ediciones de referencia. Sobre todo, en el caso de que un documento se haya transmitido por distintas fuentes, se señalan las variantes de las diversas tradiciones textuales. Por ejemplo, la carta de Eusebio de Cesarea a su iglesia, escrita inmediatamente después del Concilio, es transmitida por Atanasio, Sócrates, Teodoreto y el Anónimo de Cízico, por lo que se señalan las diferencias entre las cuatro tradiciones textuales de la carta. Este es otro valor del volumen que merece destacarse.

En conclusión, creo que no hay mejor manera de conmemorar el 1.700 aniversario del Concilio de Nicea (325-2025) que volver a poner el propio Concilio en el centro presentando su documentación, por fin recogida en un volumen.

Emanuela Prinzivalli

## Nicea 325. Reevaluación histórica y teológica desde las fuentes contemporáneas

Samuel Fernández

Sígueme

Salamanca, 2025

413 págs.



### Presentación

**E**n los últimos cuarenta años, el debate académico sobre los antecedentes del Concilio de Nicea ha cambiado y avanzado enormemente. Los nuevos trabajos sobre la cronología de los documentos conservados, los nuevos descubrimientos y las nuevas interpretaciones de las cuestiones intelectuales que configuraron los debates del Concilio han sido objeto de un amplio y vigoroso debate en diversos idiomas. Al conmemorar el 1.700º aniversario del Concilio, es un buen momento para dar un paso atrás e intentar hacer un amplio examen de estas cuestiones. La excelente y exhaustiva obra del padre Fernández sobre los documentos pertinentes le ha consolidado como uno de los principales intérpretes de las fuentes primarias y, en esta magistral y lúcida visión de conjunto, presenta un panorama de los antecedentes y las consecuencias del Concilio de Nicea que será decisivo para la próxima generación.

El relato tradicional —que todavía se encuentra en los libros de texto— describe una crisis teológica desencadenada por las enseñanzas de un individuo, el presbítero Arrio, que reunió un número significativo de seguidores, pero que fue finalmente condenado en Nicea. Se nos dice que, tras el Concilio, diversos intereses hostiles intentaron revocar esta decisión con la ayuda de la corte imperial, pero la ortodoxia de Nicea prevaleció y el “arrianismo” fue rechazado.

Hoy, ha quedado en evidencia que la mayoría de los trazos de este relato son radicalmente engañosos. Es cierto que Arrio propuso un enfoque asombrosamente novedoso de la teología trinitaria, inspirado en una serie de preocupaciones tanto exegéticas como

- \* Además de España, este libro se publicó también en los Países Bajos e Italia bajo los títulos:
  - *Nicaea 325: Reassessing the Contemporary Sources*, Paderborn: Brill 2025.
  - *Il primo concilio di Nicea. Riesame storico-teologico delle fonti antiche*, Firenze: Edizioni Nerbini, 2025.

metafísicas. Pero lejos de convertirse en el líder de un partido, sus opiniones distintivas resultaban más bien incómodas para aquellos que, como él, se oponían a las perspectivas teológicas expresadas por el obispo Alejandro de Alejandría y por su formidable sucesor, Atanasio. El relato de Fernández muestra cuidadosamente cómo Arrio pudo argumentar con cierta plausibilidad que Alejandro estaba atacando una comprensión de las relaciones trinitarias ampliamente aceptada, compartida por un gran número de obispos de las regiones orientales del Mediterráneo; y examina con gran atención la forma en que ciertas imágenes y expresiones habían evolucionado para crear este enfoque. Sobre todo, argumenta que Eusebio de Cesarea desempeña un papel mucho más decisivo en el conjunto de la historia de lo que normalmente se ha pensado. Es el exponente más respetado y sofisticado de la teología que critica Alejandro, y Fernández muestra cómo el pensamiento del obispo de Cesarea traza un camino independiente entre los diferentes aspectos del legado de Orígenes, utilizando hábilmente argumentos tanto de las Escrituras como de la filosofía. La lucha a inicios del siglo *IV* no era entre el “arrianismo” —un término que, con razón, Fernández considera profundamente engañoso— y la “ortodoxia nicena”, sino entre un esquema típicamente alejandrino y un espectro de otras opiniones bien establecidas que se agrupan transitoriamente en torno a la oposición de Arrio al vocabulario de su obispo, aunque no en torno a las soluciones particulares de Arrio a los problemas discutidos.

Desde esta perspectiva, Nicea distaba mucho de ser un momento decisivo, y el padre Fernández observa con agudeza que al principio era difícil para cualquiera presentarlo como una simple victoria. Esto puede explicar por qué la documentación del desarrollo del Concilio es tan escasa. Se necesitaron décadas para formar un nuevo consenso y reconstruir un relato sobre Nicea que pudiera presentarlo como un vehículo idóneo para este consenso. En este proceso, las habilidades retóricas e intelectuales de Atanasio fueron de suma importancia, al convencer gradualmente a sus colegas de que cualquier cosa que no fuera la fórmula nicena los comprometía precisamente con lo más cuestionable y deplorable de la teología de Arrio.

Fernández traza esta historia con una lectura minuciosa y detallada. Examina con cuidado y penetración el vocabulario de los teólogos anteriores, ofrece un relato ponderado del extremadamente complicado legado de Orígenes, nos guía con seguridad a través de las intrincadas cuestiones que rodean la cronología del período anterior al Concilio y propone algunas soluciones nuevas y convincentes a diversos problemas relacionados con la década posterior al Concilio y los primeros años del ministerio episcopal de Atanasio en Alejandría. A lo largo de la obra, Fernández está atento no solo a los detalles de la documentación, sino también a cuestiones metodológicas más amplias, señalando la importancia —a menudo pasada por alto— de las perspectivas de las ciencias sociales sobre los procesos de formación de grupos y autoidentificación, y los mecanismos de protección e influencia que operaban en segundo plano. En resumen, se trata de una contribución oportuna y bienvenida a la considerable bibliografía existente sobre la crisis doctrinal del siglo *IV*, que contiene soluciones originales y atractivas a algunos problemas conocidos y que ofrece exposiciones claras de los grandes temas de la teología cristiana primitiva. Es una obra académica de primer orden y será una referencia necesaria para todos los futuros estudiosos de este período.

Rowan Williams

## El Testigo. Medio siglo de un latinoamericano en la Roma de los Papas

Guzmán Carriquiry Lecour

Ediciones Sapientia

México, 2025

382 págs.



**G**uzmán Carriquiry ha sido efectivamente un testigo excepcional de la vida de la Iglesia católica en los últimos cincuenta años. Nacido en Montevideo, Uruguay; doctor en Derecho y Ciencias Sociales por la Universidad de la República, ocupó importantes cargos en el Vaticano desde que fuera nombrado jefe de oficina en el Pontificio Consejo para los Laicos por Pablo VI y luego subsecretario del mismo dicasterio por los papas san Juan Pablo II y Benedicto XVI, quien lo nombró a su vez secretario de la Comisión para América Latina, una posición que fue ratificada por el papa Francisco. Ha acompañado desde la Santa Sede a cinco papas en una trayectoria de múltiples responsabilidades administrativas, pero también pastorales, como las Jornadas Mundiales de la Juventud, alguna de las conferencias de Naciones Unidas o las conferencias

episcopales latinoamericanas de Puebla, Santo Domingo y Aparecida. *El Testigo* es un libro que describe y reflexiona sobre esta trayectoria larga y fructífera.

¿Testigo de qué ha sido Guzmán Carriquiry? De mucho, pero dos aspectos sobresalen por encima de cualquiera. El primero es la promoción del laicado dentro de la Iglesia. En una Roma casi enteramente clerical, la llegada de un laico casado con mujer e hijos fue incluso una novedad doméstica. ¿Dónde encontrar un departamento adecuado y un jardín infantil en el Vaticano? Durante muchos años la participación laical se había organizado a través de Acción Católica, que se mantuvo estrictamente bajo la tutela de los obispos, pero después del Concilio surge una variedad de iniciativas y movimientos eclesiales (algunos derechamente inspirados y conducidos por laicos) que le entregaron un rostro nuevo a la vida de la Iglesia. Muy próximo al Camino Neocatecumenal y a Comunión y Liberación, Carriquiry recuerda vívidamente el auge de todos estos movimientos durante el pontificado de san Juan Pablo II y lamenta el derribo de algunos otros que hizo que en los tiempos de Francisco se extendiera la inspección pontificia sobre casi todos estos movimientos.

En segundo lugar, Guzmán ha sido también testigo de la promoción e inserción de la Iglesia latinoamericana en la ecúmene universal, en un camino que condujo lenta e imperceptiblemente al pontificado de Francisco, el primer Papa latinoamericano que haya habido jamás en la Iglesia católica. La amistad personal de Guzmán con el cardenal Bergoglio y luego Papa está relatada hermosamente, incluyendo algún tirón de orejas por el estilo de gobierno de Francisco, que tuvo

más de superior jesuita (ningún Papa anterior había escrito tantos *Motu Proprio*) que de sinodalidad. Guzmán asegura que fue de los pocos que predijeron su elección, y no hay motivo alguno para no creerle a alguien que conocía bien los aires vaticanos.

Era joven todavía cuando sucedió Medellín, pero en Puebla estaba ya a caballo en la montura de Alberto Methol Ferré, gran inspirador de un latinoamericanismo católico y popular, al que no ha renunciado nunca. La esperanza de una América Latina unida en torno a sus raíces mestizas y católicas, pero abierta a una modernidad democrática, era una posibilidad que podía abrir la Iglesia misma, la única institución capaz de colocarse por encima de las oligarquías y de los intereses siempre estrechos de los Estados nacionales. La Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM) pudo ser el órgano a través del cual América Latina cobrara conciencia de su propia unidad y destino común; después vendría la integración económica, política y lo demás. Esta gran visión de Methol Ferré empezó bien, pero terminó mal, aunque Carriquiry ha seguido apostando por esa América Latina (por ejemplo, en un libro homónimo que considera lo más significativo que haya escrito en su vida). Las oportunidades que abrió el papa Francisco no han sido suficientemente aprovechadas. “La Iglesia de América Latina... no se ha demostrado en condiciones de

ocupar el vacío que está dejando el declino europeo en el centro romano”, dice Carriquiry (p. 249), y agrega que “nuestra Iglesia en América Latina (...) necesita mucho más (...) pensamiento teológico, cultural, político (...) dar un salto de calidad en la custodia, educación y propagación de la fe” (p. 250). Lo dice a propósito del avance evangélico en todo el continente y las dificultades que tiene el catolicismo en adoptar la actitud misionera que se aconsejó en Aparecida. Buenos pastores, y una Iglesia generosa, pero que ha perdido la capacidad de mirar el horizonte más amplio del continente.

Carriquiry fue testigo también de la santidad que existe en el corazón de la Iglesia romana y que desmiente la imagen común de corrupción que muchas personas tienen de la Curia. El recuerdo del cardenal Eduardo Pironio, beatificado por Francisco en 2023, destaca en el trasfondo de muchos cardenales, sacerdotes y laicos que trabajaban abnegadamente por el bien de la Iglesia universal. La reforma de la Curia, no obstante, llena un capítulo entero con valiosos consejos acerca de lo que aún falta por hacer después que se han limpiado bastante las finanzas vaticanas y se ha ido profesionalizando la administración pontificia.

Testigo de mucho, Guzmán Carriquiry ha escrito un libro único y entrañable para quienes quieran asomarse a la Roma de los últimos papas.

Eduardo Valenzuela

## El espíritu de la esperanza

Byung-Chul Han

Herder

Barcelona, 2024

141 págs.



**A**l concluir el Año Jubilar dedicado a la esperanza, resulta especialmente iluminador el breve ensayo *El espíritu de la esperanza* de Byung-Chul Han. En esta obra, el autor realiza un aterrizaje conceptual y filosófico de una noción frecuentemente banalizada por el discurso motivacional o reducida a optimismo psicológico. Han devuelve a la esperanza su densidad, su espesor temporal y su potencia crítica frente a un diagnóstico que resulta recurrente en sus obras, esto es, la cultura dominada por el cálculo, la previsión y el rendimiento.

Aunque el libro no está dedicado explícitamente a la esperanza cristiana, el lector creyente reconoce en sus páginas intuiciones profundamente afines a la tradición teológica. Muchos de sus planteamientos dialogan con la encíclica *Spe salvi*, de Benedicto XVI, publicada el año 2007 y dedicada a la esperanza como virtud teologal. En ella el Papa

le da una fundamentación bíblica a la esperanza y recoge su tradición eclesial.

Si bien el ensayo de Han puede resultar a ratos desordenado, repetitivo y carente de un hilo argumentativo, algunas cuestiones fundamentales sobre la esperanza pueden desprenderse de su lectura. En primer lugar, su temporalidad. La esperanza está anclada en un futuro lejano, en el horizonte del “todavía no”; se basa en algo que no se conoce y no se puede predecir. Por lo mismo, la esperanza escapa al cálculo o la planificación, es espera, como sucede en el embarazo, de lo desconocido. La esperanza “agrande el alma”, dirá Han, “para que acoja cosas grandes”. La esperanza cristiana es quizás la forma más perfecta de confianza, puesto que tiene su sede en la trascendencia, en la promesa de la vida eterna, de lo nuevo, de lo más perfecto, en el Juicio del Dios que es amor. Y puesto que la esperanza está anclada en aquello que no se conoce, no fuerza nada, no busca ningún resultado concreto, sino que nos hace estar atentos a lo venidero.

Una segunda cuestión que puede decirse de la esperanza es su espíritu activo. Como afirma Han, la esperanza nos pone en camino, al contrario del miedo, que paraliza. La esperanza no es una espera pasiva, sino que busca, y transforma, empuja procesos, está en la base de toda revolución que sueña con un mundo distinto. Por lo mismo, la esperanza es motor de la acción. “Las personas pueden actuar porque pueden esperar. No se puede comenzar sin esperanza. El espíritu de la esperanza inspira para actuar. Infunde una pasión por lo nuevo” (p. 64), como diría Benedicto XVI en *Spe salvi*, “quien tiene esperanza vive de otra manera; se le ha dado una vida nueva” (n. 2).

En tercer lugar, la esperanza, a diferencia del optimismo, es realista. Según la bula del Papa Francisco *Spes non confundit*, para San Pablo, “la tribulación y el sufrimiento son las condiciones propias de los que anuncian el Evangelio en contextos de incomprensión y de persecución” (n. 4). La esperanza es consciente del sufrimiento y, por lo mismo, sale en búsqueda de lo nuevo y lo distinto, nos hace perseverar “a pesar de” todos los males, porfiando incluso contra el desastre absoluto (cfr. p. 71). El optimismo, en cambio, se conforma y carece de negatividad. Es por esta razón que, como afirma *Spes non confundit*, la esperanza permite cultivar la paciencia: “La paciencia, que también es fruto del Espíritu Santo, mantiene viva la esperanza y la consolida como virtud y estilo de vida” (n. 4).

Un último punto relevante de la esperanza es la comunidad. El sujeto de la esperanza es siempre un nosotros. En *Spe salvi*, Benedicto XVI argumenta que la esperanza cristiana no puede ser individualista, pues se funda en una realidad –Dios mismo– que implica una comunión con otros y un horizonte que trasciende a cada sujeto aislado. La esperanza cristiana solo se comprende plenamente cuando

se sitúa en un sujeto plural: la comunidad de fe que camina, peregrina y espera un futuro compartido.

Francisco, en *Spes non confundit* afirmaba que la esperanza puede verse en los anhelos y esperanzas de los hombres de hoy, transformándolos en signos vivos de ella. Signos de esperanza fueron los millones de peregrinos que, a lo largo del año, atravesaron las puertas santas. Los migrantes que se ponen en camino, esperando un puerto seguro, una nueva vida, una presencia de consolación. Los presos, que son un recordatorio tangible de la necesidad de misericordia y redención, y en su peregrinaje en Roma portaron consigo aquel “esplendor de lo nuevo”. Los enfermos, los trabajadores, las familias, los jóvenes, los pobres, los sacerdotes y consagrados, todos compartieron este año la esperanza, a pesar de la guerra y de los numerosos dolores por los que atraviesa la humanidad, pues donde el futuro pareciera clausurarse, la esperanza cristiana insiste en mantenerlo abierto.

Un bellissimo signo de esperanza fue también León XIV al asomarse al balcón de San Pedro, pastor todavía desconocido para la gran mayoría de los cristianos; sin embargo, ya portador de lo venidero.

Sofía Brahm

## DESDE EL CORAZÓN DE LA IGLESIA

*Extracto de las palabras del presidente de la Academia Chilena de Ciencias Sociales, Políticas y Morales, Jaime Antúnez Aldunate, en el acto de presentación del libro realizado en el auditorio del Arzobispado de Santiago, el miércoles 17 de diciembre de 2025.*



Agradezco al autor la honrosa oportunidad que me ofrece de presentar su libro, que ha titulado sugestivamente *Desde el corazón de la Iglesia*, páginas que he leído con gozo y avidez, en los pocos días desde que me entregaron un ejemplar. Tratamos hoy de un texto que, a pesar de la profundidad de sus temáticas, se deja leer con facilidad, agrado y rapidez.

Ello tiene también su explicación. El cardenal y arzobispo de Santiago, Fernando Chomali, es ingeniero titulado en la Universidad Católica, en 1981, tres años antes de irse al Seminario Pontificio de Santiago (por una decisión marcada con mucha fuerza interior en su alma, ha relatado). Tiene así la mente ordenada y sistemática del ingeniero, la cual propende a facilitar las cosas. Pero con el tiempo, y sobre todo desde que fue nombrado obispo por Benedicto XVI, el año 2006, y más aún durante su estancia en Concepción como arzobispo de esa archidiócesis, comenzamos a conocer más, y públicamente, de una vocación artística suya, que antes, hasta cierto punto, más bien guardaba en reserva. Comenzamos así a saber de exposiciones fotográficas y de su creación poética, que venía de tiempo, pero no se conocía.

Es claro, se nota al leerle —y el Cardenal mismo se ha encargado de explicarlo, aunque sea con otras palabras— que el trascendental *pulchrum*, la belleza, es un camino fuerte para él en la intelección de la verdad. El Doctor común, Santo Tomás de Aquino, a quien el Cardenal ciertamente ha estudiado, nos enseñó sobre la interacción y reversibilidad del *bonum*, el *verum* y el *pulchrum* (el bien, la verdad y la belleza). Y ello está latente en la argumentación que desarrolla nuestro autor, incluso sobre las cuestiones de mayor connotación contingente, donde no tiene pudor de elevar la vara, con lenguaje

\* Card. Fernando Chomali Garib. *DESDE EL CORAZÓN DE LA IGLESIA. LA VOZ DEL ARZOBISPO DE SANTIAGO*. Ediciones Cardenal del Pueblo, 204 págs. Santiago, 2025.

llano y muy entendible, a aquel espacio siempre necesario de tener en vista al razonar. “Llegó la hora en que se integre lo ético y lo estético para darle sentido a una sociedad que no parece muy feliz”, declara meses atrás nuestro arzobispo en entrevista a una importante revista internacional.

Si ello dice de la amenidad y amable claridad de su escritura, he reparado enseguida en el título del libro, que pone en castellano aquel mismo que usó en latín la conocida Exhortación apostólica de san Juan Pablo II, *Ex corde Ecclesiae*, en lo cual creo adivinar dos cosas, además de su razón de ser conceptual:

Primero, que la *Ex corde Ecclesiae*, proclamada el 15 de agosto de 1990, ocho meses antes de recibir el padre Fernando Chomali su ordenación, es un documento que ha resonado en el corazón de su quehacer sacerdotal y episcopal, esto a lo largo de todos sus y casi 35 años de vida consagrada.

En segundo lugar, es que en este libro misceláneo —que reúne columnas y cartas escritas para la prensa, entrevistas, meditaciones, documentos y homilias (entre ellas la primera como Cardenal en el tradicional Te Deum de Fiestas Patrias, que invito por su actualidad e importancia a releer)—, algo que se descubre desde un primer momento de su lectura, es cuán a fondo ha calado en el pensamiento del autor el excepcionalmente rico magisterio de los tres grandes papas bajo cuyo pontificado la Providencia quiso, primero llamarlo, luego encauzarlo y por fin pedirle también empuñar el cayado: Juan Pablo II, Benedicto XVI y el Papa Francisco.

Es muy de destacarse la resonancia que hay en los escritos del cardenal Chomali de la antropología teológica de Karol Wojtyla, cuyo pensamiento ha asimilado profundamente. Es recurrente, asimismo, la referencia a Benedicto XVI, a su magisterio en general y a su famoso discurso de Ratisbona en septiembre de 2006, donde enfatizó al *logos* sobre el *ethos*, y reiteró que razón y fe no antagonizan, sino que se complementan. Leemos, por su parte, sobre la vital necesidad de subir del fenómeno al fundamento —uno de los títulos de la *Fides et ratio* de Juan Pablo II— como también que el nivel de la “praxis” —la técnica y las ciencias experimentales— no debe sobreponerse ni menos atropellar el pensamiento que fluye de ciencias superiores como la teología y la filosofía, disciplina esta cuya importancia no deja nunca de ponderar.

Sumando y restando, Fernando Chomali es un autor original y con definido pensamiento, y sobre todo un pastor, cuyo arte y talento creativo presta un gran

servicio en introducir, de cara a los problemas que hace presente el ya avanzado siglo XXI, el magisterio legado al mundo por esos tres gigantes pontífices que hemos recordado. [...]

Dice el Papa Francisco en el n. 105 de la encíclica *Laudato si'*, glosando y citando dos veces el famoso libro de Romano Guardini *El fin del mundo moderno*:<sup>1</sup>

Existe una tendencia a creer que todo aumento de poder significa “un aumento del «progreso» mismo”, un avance en “seguridad, utilidad, bienestar y vigor; ...una asimilación de nuevos valores en la corriente de la cultura”, como si la realidad, la bondad y la verdad fluyeran automáticamente del poder tecnológico y económico como tal. El hecho es que “el hombre contemporáneo no ha sido entrenado para usar bien el poder”, porque nuestro inmenso desarrollo tecnológico no ha sido acompañado por un desarrollo en la responsabilidad, los valores y la conciencia humana. Cada época tiende a tener solo una escasa conciencia de sus propias limitaciones. Es posible que no comprendamos la gravedad de los desafíos que ahora tenemos ante nosotros.

“A los católicos y a los hombres de buena voluntad les recomiendo que lean el Magisterio de los Pontífices”, invita el cardenal Chomali al convidar a unas buenas vacaciones en este 2025 que termina, y tiene, como vemos en el párrafo anterior, toda la razón. Así hacían muchos hombres que tuvieron grandes responsabilidades de Estado en décadas pasadas, como les consta a algunos de los presentes en la sala. Frente a la contracultura del facilismo y de la superficialidad—como si muy simplemente “la verdad y la bondad fluyeran del poder tecnológico” (Francisco)—urge abrir el alma para trabajar por la “amplitud del Logos” (Benedicto).

Pues, es inútil, y “no podemos pensar que los proyectos políticos o la fuerza de la ley serán suficientes para evitar los comportamientos que afectan al ambiente, porque, cuando es la cultura la que se corrompe y ya no se reconoce alguna verdad objetiva o unos principios universalmente válidos, las leyes solo se entenderán como imposiciones arbitrarias y como obstáculos a evitar”<sup>2</sup>. Es, digo yo, el gran tema del relativismo ético, que a partir del siglo pasado y del desmoronamiento de los bloques ideológicos, se pretende subsanar por vía de la judicialización, que lo abraza todo.

La banalización y la infantilización del horizonte de lo público, muestra el autor, van de la mano no solo de aquel “relativismo ético”, sino, y más, de un supuesto ontológico, como suele él mismo apuntar. Hans Urs von Balthasar, a quien Joseph Ratzinger calificó

1 Romano Guardini escribió su libro *El fin del mundo moderno* (*Der Tod des modernen Menschen*) a inicios de la década de los cincuenta, aunque se difundió editorialmente sobre todo a partir de 1956. Analiza al “hombre masa” y los desafíos de la fe tras la devastación de la II Guerra Mundial.

2 Francisco; Carta encíclica *Laudato si'*. 2015, n. 123.

como la persona más ilustrada que conoció en su vida, enunció lo propio con estos términos: (Lo que hoy se vive) “es como si al hombre moderno le hubiera sido cortada una amarra, de forma que ya no pudiera correr más hacia la antigua meta, como si le hubieran cortado las alas, como si se hubiera atrofiado en él el órgano espiritual para la trascendencia. ¿Dónde está el origen de todo esto?”<sup>3</sup>-se pregunta. Las muchas reflexiones y aportes del autor buscan, por aquí y por allá, darnos respuesta. No podemos referirnos a todas, sería sobrepasarnos en el tiempo, pero sí detenernos en el enunciado de algunos problemas, además de los ya referidos, que ponen de relieve esta situación. (...)

Uno, a propósito del objetivo clima de emergencia que se ha ido creando; dos, ante los magnos problemas de la educación, que son mundiales (vale la pena releer la carta de Benedicto XVI en 2008 a las familias romanas sobre la “emergencia educativa”); tres, ante la descomposición del tejido social que se advierte en forma creciente; cuatro, ante el problema de la migración, que obliga a actuar con prudencia y caridad, considerando todas sus aristas; cinco, ante el contraste doloroso y preocupante entre la baja natalidad y el envejecimiento de la población; seis, ante la nefasta asimilación de la “cleptocracia” y de la globalizada indiferencia por el otro; siete, ante la grave crisis de la familia, reflejada en la tasa muy superior de nacimientos fuera del matrimonio, en la reluctancia de los jóvenes a casarse, en el crecimiento de los índices de divorcio; ocho, a la equivocada concepción del desarrollo—cuántas veces en años pasados escuchamos ese mantra: “estamos a un tris de alcanzar el desarrollo”— en circunstancias que este consiste en algo que está mucho más allá del poder y los números... (...)

Frente a todo ello, el cardenal arzobispo es porfiado en plantear el horizonte de la esperanza. “La búsqueda de aquello que sacia y se percibe como posible”, dice. Mientras nos recuerda y convoca a no deprimirnos con aquello de que Chile es un país “que se cae a pedazos”. Y ahí están las pruebas para alentar nuestros corazones: la piedad popular, que moviliza a millones de personas a nuestros santuarios; la inmensa e ininterrumpida obra social y educacional de nuestra Iglesia, y, *last but not least*, la resiliencia que muestra nuestra democracia desafiada por avatares mayores y que particularmente se expresa en el orden y regularidad de elecciones como la que acabamos de vivir.

Jaime Antúnez Aldunate

3 *Communio* n. 20 (1991), p. 3.

## El alma cristiana de Hispanoamérica. Iglesia y Estado entre los siglos XVI y XIX

Mariano Fazio

Editorial Tanto Monta

Santiago, 2025

168 págs.



En 1992, para las celebraciones del quinto centenario del descubrimiento de América, se acuñó el concepto de “Encuentro de dos mundos”, un concepto demasiado extenso para algo demasiado concreto. Una definición que buscaba cierta “neutralidad”. Si bien el quinto centenario posicionó el intercambio cultural, comercial y político entre España y América en el contexto de la nueva democratización del continente, el componente atávico de esto estuvo mermado o bien disminuido. Poco se habló del sustento de esos quinientos años: la cultura cristiana permitió la unión de pueblos que, siendo diferentes, llevan adelante una fe común; “el continente de la esperanza”, en palabras de Juan Pablo II. El reciente libro de don Mariano Fazio (Buenos Aires, 1960) *El alma cristiana de Hispanoamérica. Iglesia y Estado entre los siglos XVI y XIX*, editado por Tanto

Monta (2025), viene a recordar, sin sobresaltos ni sobrecargas intelectuales, que la formación del continente americano es fruto de un sustrato cristiano que impregnó la institucionalidad de todo el continente, dándole unidad cultural a pueblos que, previo a dicho proceso, eran todos muy diferentes entre sí.

Esta amena monografía de historia de las ideas, cuyos planteamientos establecen una continuidad con lo establecido por Jaime Eyzaguirre algunas décadas atrás, no es la primera aproximación del autor sobre los componentes históricos que conforman el continente americano. En *La América ingenua* (2009) abordó la necesidad de asumir el extenso pasado común que tenemos, tomando una necesaria distancia de ideologías contemporáneas que totalizan la interpretación histórica, sembrando tensiones coyunturales que se alejan de la veracidad de los hechos.

En esta publicación, aborda las centenarias teorías que sustentaron la relación entre la Iglesia y el Estado. Una unión a veces inseparable, sobre todo para el escenario inicial de la conquista española. En este punto el autor ahonda en lo que la historiografía liberal usualmente olvida: la unión entre poder político y religioso no fue solo un recurso jurídico para “ordenar” la conquista o darle coherencia. Dicha unión entre poder político y religioso ante todo permitió la difusión de una antropología del ser humano que posibilitó el respeto a la integridad de los habitantes nativos del continente.

A esto se sumaba, como recuerda el texto, el hecho de que la sociedad española estaba profundamente impregnada de espíritu cristiano. Existía una

verdadera “psicología colectiva” desde la cual se pudo estructurar una sociedad americana cuyo núcleo cohesionador fue la antropología y trascendencia cristianas. Esto último fue posible gracias a que, tempranamente, “en 1500 se establece que los indios son personas humanas, libres y vasallos de la Corona de Castilla”, marcando una diferencia sustancial con las monarquías anglosajonas y francófonas, cuyo motor de conquista era otro y, a pesar de venir del tronco católico, rápidamente adoptan parámetros que subyugan la fe reformada a los criterios políticos y económicos de su época.

Sin embargo, esa frontera entre los territorios hispanos y los otros imperios es cada vez menos palpable para la América hispana, puesto que paulatinamente se impregnó de las doctrinas liberales venidas del mundo anglosajón. Ahora bien, estas mutaron la mentalidad americana y comenzaron a separar las esferas del poder, pero la herencia liberal, materializada en reformas políticas, no comienza con las Repúblicas, sino —como explica Fazio— con el paso de la Casa de los Habsburgos a los Borbones, pues estos últimos comenzaron un proceso de centralización del poder político y administrativo y miraron con escepticismo la especie de autodeterminación que estaban tomando los criollos en América. El tutelaje que aplicaron los Borbones ahogó iniciativas que terminaron por volverse en contra de la misma monarquía hispana.

Es importante señalar que el autor no cae en el romanticismo de explorar solo

las bondades del proceso de evangelización, sino que asume las dificultades y excesos que se vieron imbricados. De esta manera, cuando el autor afirma que “la conquista española —violenta como todo proceso de conquista en la historia de la humanidad— impuso de hecho una unidad continental caracterizada por la implantación de una fe religiosa, la difusión de una lengua y el establecimiento de un régimen político —después de que callaran las armas— que duraría al menos tres siglos”, deja en claro que a pesar de las dificultades propias, se logra cuajar un *ethos* que posibilita la sociedad americana hasta nuestros días.

Cuando líderes actuales propugnan la unidad del continente o se preguntan por su liquidez moral y cultural, es precisamente porque el sustrato de unión que el autor sostiene se ha ido diluyendo, y no porque este no exista. Y allí se precisa una similitud con la Europa contemporánea, la cual —siendo cuna de la civilización cristiana— hoy naufraga en su identidad y destino. En efecto, esa pretensión de neutralidad que mencionamos al comienzo no es solo la falta de toma de postura frente a un tema en específico, sino más bien la negación de siglos de desarrollo cultural vistos como una pesada mochila, y no como algo que es un faro que trasciende los tiempos. Así, la monografía que Mariano Fazio presenta vuelve al punto de partida de nuestra cultura, convocando al continente a preguntarse por sus orígenes y encontrando en él el motor de los años sucesivos.

José Manuel Cuadro M.

## El retorno de los dioses fuertes. Nacionalismo, populismo y el futuro de Occidente

Russell Ronald Reno  
Editorial Homo Legens  
Madrid, 2024  
286 págs.



Este libro fue publicado por primera vez el año 2019 a mitad del primer mandato del presidente Donald Trump. Su autor, R.R. Reno, es teólogo y filósofo, criado en la religión episcopal, converso al catolicismo y actualmente editor de *First Things*, revista sobre religión y vida pública. De antemano, puede decirse que las ideas de este ensayo forman parte del andamiaje intelectual que sostiene al *postliberalismo*: esa corriente de pensamiento político que anuncia la decadencia del orden liberal de posguerra y su reemplazo por un sistema distinto, todavía vago e impreciso, pero que en la práctica se ha materializado en la alianza populista-conservadora que emerge con fuerza en distintas partes del mundo, y en especial en la administración de Trump, en EE.UU.

Cuando el autor habla de dioses fuertes se refiere a los “objetos del amor

y la devoción del hombre, la fuente de las pasiones que aglutinan a las sociedades”. Y agrega que si bien los dioses fuertes del siglo XX condujeron a la ruina —militarismo, fascismo, comunismo, etc.—, los imperativos *anti* del orden liberal inaugurado en 1945 han entrado en una fase de decadencia que amenaza con destruir la tradición occidental que se pretendía preservar, pues —esta es la tesis principal del ensayo— lo que caracteriza el sistema de ideas y reglas vigentes se reduciría a la siguiente máxima: “...todo lo que es fuerte —amores fuertes y verdades fuertes— conduce a la opresión, en tanto la libertad y la prosperidad requieren del reinado de unos amores débiles y unas verdades débiles...” (pp. 38-39).

Para demostrar su hipótesis, el libro coloca en el banquillo de los acusados a las ideas que han configurado lo que R.R. Reno denomina como “consenso de posguerra”, comenzando con la sociedad abierta de Karl Popper y el liberalismo de Friedrich Hayek, para luego repasar una larga lista de intelectuales como Albert Camus, Milton Friedman y Gianni Vattimo, entre varios otros. El autor describe el tránsito cultural desde el concepto de verdad hacia la noción de *sentido*; el abandono de la metafísica y su reemplazo por el *consenso*; el cambio desde naciones colectivistas hacia el *individualismo*; la renuncia a desear grandes cosas por una reducción a *lo pequeño*; la política del *aligeramiento* y *debilitamiento* como abandono de la trascendencia, y así sucesivamente, hasta abordar el descontento con las *fronteras abiertas*, la *diversidad* y el *multiculturalismo*. R.R. Reno sostiene que “el populismo que hoy desafía al *establishment*

político de Occidente no es antimoderno, ni anticapitalista, ni antiliberal. Es una rebelión contra el dogmatismo del consenso de la posguerra” (p. 198). Todo lo anterior explicaría el surgimiento de líderes populistas: “Pensad de Trump lo que queráis, bueno o malo, pero pensad con claridad. Trump rechaza el consenso de la posguerra, como hacen muchos políticos populistas en Europa. Es el anti-George W. Bush: fronteras firmes, y no abiertas; comercio ventajoso, y no abierto; lealtad y patriotismo, y no mentalidad abierta” (p. 237).

El autor concluye su análisis recordando la teoría de la función social de la religión de Emile Durkheim para insistir en que ninguna sociedad puede desentenderse completamente de lo sagrado y lo colectivo. “Los dioses fuertes no son ídolos de oro ni personajes de mitologías antiguas (...) son todo aquello que tiene poder para inspirar amor: amor a la divinidad, amor a la verdad, amor a la patria, amor a la familia (...) no son más que los objetos de nuestros amores compartidos” (p. 245). El populismo es *antiestablishment* porque la clase dirigente—dice R.R. Reno—se niega a renovar el “nosotros” (p. 263). Y la recomendación sería volver a los amores auténticos, *amores nobles*—dice el autor—, como la libertad y el honor, el autogobierno y la soberanía nacional, entre otros. “Insistir en el debilitamiento y el desencantamiento que desterraron a los dioses fuertes es un profundo error, un error que no traerá paz, sino aflicción” (p. 277).

Aunque el esfuerzo de R.R. Reno por intentar explicar la crisis del orden liberal y el auge del populismo es interesante, no deja de presentar problemas. Por un lado, el autor nunca define el contenido del llamado “consenso de posguerra”. Sus críticas terminan siendo dirigidas a un hombre de paja. Luego, es curioso que el editor de *First Things* no se haga cargo de cómo durante la segunda mitad del siglo XX la Iglesia Católica fue recogiendo en su magisterio social, precisamente, aspectos medulares del orden mundial de posguerra: derechos humanos, democracia, Estado de derecho, libertad de conciencia, etcétera. Por otra parte, y como ha remarcado Joseph H. H. Weiler en otro lugar, pareciera que los *posliberales*—y en esto también cae R.R. Reno— confundían su enemigo intelectual. Culpan al liberalismo sin distinguir sus diversas corrientes, pero, además, el problema cultural de fondo que diagnostican—y que uno puede compartir bastante— tiene como causa, más bien, al secularismo que excluye a la religión de la esfera pública y no a las ideas de libertad, tolerancia y moderación que se han promovido en Occidente. Ese error de puntería, a mi juicio, hace que el ensayo pierda coherencia y llegue a conclusiones equivocadas. Para qué decir el abismo de distancia entre lo que R.R. Reno propone y las políticas concretas de la administración Trump. ¿Seguirá creyendo que están guiadas por amores nobles y dioses fuertes, y no por otro tipo de intereses más mundanos?

Ruggero Cozzi

## TIEMPO DE REPARAR LOS ABUSOS EN CONTEXTOS ECLESIALES

*Compartimos una selección de párrafos de la Introducción del libro  
Tiempo de reparar. Abusos en contextos eclesiales, publicado por  
Ediciones Universidad Alberto Hurtado.*



**E**n el seno de la Iglesia y de la sociedad chilena, así como también en muchos otros horizontes geográficos, nos hemos ido haciendo conscientes de los múltiples casos de abuso de poder y sexual, así como de sus efectos devastadores. El tiempo marcado por la sideración de la opinión pública, viene a secundar un primer tiempo de dolor indescriptible y desgarrador que las víctimas han vivido por años y —la mayoría de las veces— en un silencio mortífero. El coraje de los sobrevivientes capaces de liberar la palabra, el acompañamiento de aquellas personas que creyeron en sus relatos, así como el rol ágil y persistente de los medios de comunicación<sup>1</sup>, han sido claves para hacernos

conscientes de la especificidad de las consecuencias traumáticas que provoca el abuso en contextos eclesiales. Frente a la avalancha de casos que se iban sucediendo uno a uno, la respuesta de gran parte de las instituciones eclesásticas implicadas en Chile —no sin resistencias importantes— ha sido implementar paulatinamente dispositivos de prevención y protocolos que vayan asegurando la creación de ambientes sanos y de una cultura de la salvaguarda<sup>2</sup>. Todo indica, sin embargo, que debemos responder con más *parresia* al desafío de estos tiempos: el deber necesario, complejo y precario de la reparación.

Este libro nace de la convicción de ser invitados a entrar determinadamente en el “tiempo de la reparación”. Y tiene como base primera las reflexiones y conversaciones que se llevaron a cabo en el Coloquio Internacional *¿Es posible reparar los abusos en contextos*

- 1 Doody, Cameron; “Zollner: ‘Los medios tienen la tarea de denunciar donde hay poca voluntad de hacer justicia a las víctimas de abusos’”. 16 de marzo 2019. [religiondigital.org](http://religiondigital.org)
- 2 Ver los documentos: *Dinámicas relacionales del abuso sexual en contexto eclesial en Chile* (2023); *Hacia caminos de reparación* (2021); *Integridad en el Servicio Eclesial* (2020); *Cuidado y esperanza. Líneas guías de la Conferencia Episcopal de Chile para tratar los casos de abusos sexuales a menores de edad* (2015).

\* Carlos Álvarez SJ, Silvia Mostaccio y Germán Villarroel (eds.). **TIEMPO DE REPARAR. ABUSOS EN CONTEXTOS ECLESIALES**. Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 467 págs. Santiago, 2025.

*eclesiales? Interpelaciones desde la experiencia y la interdisciplina*, que tuvo lugar en la Universidad Alberto Hurtado del 21 al 23 de noviembre de 2023. Dicho coloquio fue organizado por el Instituto de Teología y Estudios Religiosos (ITER) de la Universidad Alberto Hurtado, en colaboración con el Consejo Nacional de Prevención de abusos a menores de edad y acompañamiento de víctimas de la Conferencia Episcopal de Chile y el Centro de prevención de abusos y reparación de la Compañía de Jesús en Chile (CPR). Algunas de las ponencias del coloquio forman parte de este libro, al que se sumaron luego otras contribuciones de colegas chilenos y de otras latitudes (Estados Unidos, España, Roma, Alemania, México), que no estuvieron con nosotros, pero que representan voces autorizadas en el campo de la reparación, desde sus respectivas disciplinas. (...)

Presentamos este libro como un cuerpo discursivo en construcción más que como una compilación de contribuciones cerradas y aisladas. Por esto, además del provecho que cada una de sus partes puede suscitar, anhelamos provocar una serie de aperturas inquietantes y preguntas que permitan continuar el diálogo aquí instalado, posibilitando extender una conversación necesaria y aún pendiente en amplios círculos y comunidades. (...)

Nuestra apuesta es que en lo velado, sugerido y no pronunciado, en los bordes e intersticios de la escritura, es donde la palabra algo afirma en su no-decir que complementa lo ya dicho. Detenernos en el contenido latente permite iluminar los conflictos internos que nos provoca el fenómeno de la violencia eclesial, reconociendo nuestras propias resistencias. Incluso, lo no dicho puede indicarnos rastros del mecanismo de silenciamiento que activa y abusivamente ha sido producido en la Iglesia. En esta depuración, localizamos cuatro desafíos.

En primer término, y como eje que atraviesa al conjunto de desafíos, notamos que la reparación como conceptualización se torna esquiva y es divergente en su operaciona- lización. (...) Derivado naturalmente de lo recién planteado, emerge un segundo desafío que concierne a la posición institucional de la Iglesia en los procesos de reparación. Más específicamente, a lo largo del libro se debaten implícitamente los lugares que la Iglesia católica debe tener como agente de reparación. (...) Un tercer desafío lo localiza- mos en el radicalmente sensible cuestionamiento sobre los victimarios en el panorama amplio de la reparación. (...) Un cuarto desafío, la violencia de los abusos y su articulación reparatoria con las mujeres y lo femenino es un desafío pendiente e ineludible, cuyo pro- nunciamiento se resiste ante el silenciamiento. (...)

Sumado a estos cuatro desafíos precedentes, uno de los resultados inesperados de la elab- oración y edición del libro que presentamos ha sido asomarnos a la necesidad imperiosa de nuevas claves hermenéuticas para leer el cristianismo y nuestro ser cristianos.

La pregunta por la verdadera reparación del cuerpo herido de la Iglesia y de las víctimas- sobrevivientes no estaría restringida solamente a la reparación de las situaciones de abusos individuales. Si tomamos en cuenta la “Carta al Pueblo de Dios” del Papa Francis- co y su “Carta al Pueblo de Dios Caminando en Chile”, es el fenómeno del clericalismo el

que emerge como la principal causa de estos abusos. Francisco nombró algunos de los síntomas de este fenómeno: “egocentrismo, preocupación por uno mismo”, “autoritarismo que busca suplantar la conciencia de los fieles”, clericalismo de una “psicoespiritualidad de élite”, “círculos cerrados”, “espiritualidades narcisistas y autoritarias”. Como señala la Conferencia Episcopal Alemana:

El clericalismo se refiere a un sistema jerárquico y autoritario que puede llevar al sacerdote a adoptar una actitud de dominación sobre las personas no ordenadas en interacción, porque ocupa una posición superior en virtud de su ministerio y ordenación. El abuso sexual es una manifestación extrema de esta dominación .

Si bien la lectura de la crisis a partir del clericalismo es correcta, nos parece que esta noción debiera ser aún problematizada y ampliada. Esto implica hacerse preguntas fundamentales sobre nuestra propia narrativa cristiana y la manera de gestionar la verdad de la revelación por la comunidad: ¿Cómo hablar de Dios después de la crisis de abuso? ¿Cuáles son las dimensiones “riesgosas” de ciertos dispositivos teológicos, espirituales y canónicos que tenemos que visitar y tal vez deconstruir? ¿Cuáles son las maneras más saludables y evangélicas de hablar de Dios? ¿Qué pasos dar para retejer la credibilidad herida de la Iglesia? ¿Qué dimensiones de la teología del sacerdocio ministerial deben ser examinados en profundidad? (...)

La crisis del abuso en la Iglesia necesita ser analizada y comprendida en profundidad, desde una *perspectiva interdisciplinar*, ya que tal vez estamos delante de la crisis más relevante de dicha institución después de la reforma protestante . Esta crisis desempeñaría un papel similar al del escándalo de la venta de las indulgencias en la Edad Media , que sirvió como catalizador de la reforma de la Iglesia. Varias de las contribuciones de este libro plantean la necesidad de asumir la profundidad histórica de la crisis. Y subyacente al abordaje que toma en cuenta la pluralidad disciplinar, surge como denominador común en varios de los artículos presentados un nuevo ethos y una nueva aproximación antropológica, marcados por la *fuerza de la vulnerabilidad*.

Carlos Álvarez SJ y Germán Villarroel

- 3 Francisco; Carta del Papa Francisco al pueblo de Dios. Vaticano, agosto 2018. “Esto se manifiesta con claridad en una manera anómala de entender la autoridad en la Iglesia—tan común en muchas comunidades en las que se han dado las conductas de abuso sexual, de poder y de conciencia— como es el clericalismo, esa actitud que no solo anula la personalidad de los cristianos, sino que tiene una tendencia a disminuir y desvalorizar la gracia bautismal que el Espíritu Santo puso en el corazón de nuestra gente!. El clericalismo, favorecido sea por los propios sacerdotes como por los laicos, genera una escisión en el cuerpo eclesial que beneficia y ayuda a perpetuar muchos de los males que hoy denunciamos. Decir no al abuso, es decir enérgicamente no a cualquier forma de clericalismo”.
- 4 Citado en Costadoat, Jorge; “Desacerdotalizar el ministerio presbiteral. Un horizonte para la formación de los seminaristas”. *Seminarios Sobre Los Ministerios En La Iglesia* 67(231), pp. 249-267.
- 5 Faggioli, Massimo; “The Catholic Church biggest crisis since the reformation”. *Pearls and Irritations*, 24 de octubre 2018.
- 6 Halík, Tomáš; *La tarde del cristianismo*. Herder Editorial, Barcelona, 2023, p. 92.

## **Cuando el crimen reza. Cultos, prácticas, ritos y narcorreligiosidad en el crimen organizado**

**Pablo Zeballos**  
**Editorial Catalonia**  
**Santiago, 2025**  
**344 págs.**



**E**ste es un libro extremadamente original escrito por alguien que ha estado en terreno, en zonas vedadas, cárceles y fronteras investigando las diversas expresiones de religiosidad que se encuentran en el crimen organizado de nuestro continente.

La conexión entre religión y el crimen se remonta a nuestros recuerdos de la película *El Padrino*, que retrata el contacto de la mafia siciliana con la Iglesia católica, que incluía el cumplimiento riguroso de los preceptos entre los bandidos y la vista gorda que hacían capellanes y párrocos de las actividades criminales. Este panorama tradicional ha cambiado con la condena explícita que hizo Juan Pablo II y luego el Papa Francisco, que han aclarado definitivamente que no se puede pertenecer a la mafia y permanecer

católico, algo de lo que dio un testimonio heroico el padre Giuseppe “Pino” Puglisi, en proceso de beatificación, después de caer abatido por adoptar una actitud de resistencia y denuncia activa de la criminalidad italiana.

Todo esto sirve de antecedente para examinar la abundancia de símbolos y prácticas religiosas del crimen organizado latinoamericano que, aunque vinculado con el catolicismo popular, adopta un aire propio y se aparta de toda mediación eclesial. El narco ha encontrado fuera de la Iglesia, en la santería popular, sus principales recursos religiosos. La virgen negra de Monserrat de la Viñita en Recoleta, con antecedentes en la Virgen catalana, ha adquirido cierta reputación de virgen del hampa, pero la criminalidad se transforma y las imágenes antiguas y sobre todo la conexión mariana quedan obsoletas. No existe una Virgen para bandidos.

Los santos populares ofrecen, sin embargo, una oportunidad propicia. La Santa Muerte, imagen mexicana asociada con la marginalidad urbana, ha sido adoptada crecientemente por las bandas delictivas: se le pide protección para operaciones criminales, pero también —algo que no se puede hacer con la Virgen o con santos canonizados— se le solicita maldecir y perjudicar a los enemigos. La Iglesia ha reaccionado vivamente en contra y prohíbe bendecir imágenes, a pesar de que la Santa Muerte es sincrética y convive con el culto guadalupano.

Un caso de apropiación de santos populares es el de Jesús Malverde, en México, ensalzado después de un supuesto milagro en favor del cartel de Sinaloa. Los Santos Malandros y la Corte

Malandra que se desprenden de María Lionza, la santa popular venezolana, son grupos que veneran a “delincuentes muertos en circunstancias trágicas elevados a la categoría de entidades milagrosas” (134). Se puede llegar más lejos con los Paleros, sacerdotes de un culto a los muertos que utilizan huesos de personas notables que hayan vivido o muerto en circunstancias especiales, y con santeros que ofrecen protección y venganza en conexión con devociones del mundo afroamericano.

Es evidente que la espiritualidad narco está asociada con una vida sometida

constantemente al riesgo de morir en un asalto, una quitada de drogas o una riña carcelaria. Los narco-mausoleos conmemoran y enaltecen la muerte violenta, pero también son una señal de identidad y de control territorial —generalmente construcciones sólidas y protegidas incluso con cámaras de seguridad.

La utilización de la religión para legitimar la violencia, el crimen y un modo de vida marginal es evidente en todas estas manifestaciones, relatadas por Pablo Zeballos con un brillo y pormenor de quien ha investigado a fondo la cultura del narcotráfico.

Eduardo Valenzuela